

MISCELÁNEA.

CÍRCULO CATÓLICO.

Apenas constituida la *Union Católica*, tuvo su Junta directiva el buen acuerdo de acometer una empresa á todas luces necesaria, y que respondia por admirable modo á los propósitos y fines de la naciente institucion. Esta empresa es la organizacion de un *Círculo Católico*, cuyas puertas están abiertas para todos los que profesan íntegra y sinceramente las doctrinas y las enseñanzas de la Iglesia, para todos los que escuchan la palabra del Pontífice Romano y la voz de los Prelados de la Iglesia con amoroso acatamiento, sin los fingidos alardes del fariseo, ni los necios distingos del sofista.

Y es buena y valedera prueba del acierto, el cariñoso interés manifestado con tal ocasion por nuestro ilustre Episcopado. Hace tan solo quince dias que se abrió el *Círculo Católico*, y ya le han visitado seis Prelados, todos los cuales han salido de él con muy favorables impresiones y gratas esperanzas, hasta el punto de haber repetido algunos la visita, y sin que, á pesar de esto, hayan podido encontrar hasta la fecha ¡cosa estraña! las pruebas, ni aun los indicios de esa conjuracion abominable, cuyas emanaciones, llevadas en alas del viento de la malicia, han conseguido excitar algunos olfatos atrofiados.

Quiso la *Union Católica* solemnizar la inauguracion de su *Círculo* con una sesion memorable, el sábado 23 de Abril. Si la presidencia estuvo dignamente ocupada por el Emmo. Sr. Cardenal Benavides, Patriarca de las Indias, y por los Excmos. Sres. Nuncio Apostólico y Obispo de Areópolis; si el insigne Cardenal Primado quiso dirigir, por medio de una carta, en los comienzos de la sesion leida, un público testimonio de cariño á sus colegas de la Junta, un saludo afectuoso á los miembros de la *Union*, y un solemne mentís á las cándidas invenciones de sus desdichados detractores; si el Clero y los católicos más importantes y distinguidos de Madrid acudieron con solícito interés para contribuir con su presencia á realzar la sesion, no frustraron las comunes esperanzas los literatos y artistas que en ella tomaron parte, Fernandez-Guerra y Menendez Pelayo; Cañete y Selgas; Monasterio,

Godró y Sanchez de Castro: estos son los nombres de los que, en primer término, actuaron; este, el mayor elogio de aquel acto.

A partir del día de la inauguración, celébranse en el *Círculo Católico* periódicas y animadas reuniones, en armonía con el objeto capital de su institución y nacimiento. Todos los lunes congrega á los amantes de las letras el deseo de escuchar á Menendez Pelayo, esas maravillosas improvisaciones que hacen crecer, con crecimiento incesante, nuestra admiración hácia el novel, doctísimo Académico: los viernes se reúnen en el *Círculo* los socios, y logran dar jugoso esparcimiento al ánimo con la recitación de bellas poesías y la ejecución de selectas piezas musicales: y los domingos se dedican á unas útiles y provechosas conferencias, que autorizada y dignamente desempeñan por el turno que su amoroso celo ha señalado, los venerables Párrocos de esta capital.

A inaugurarlas, y como á dar el tono y señalar el carácter que se deseaba tuviesen, concurrió el preclaro Sr. Obispo Auxiliar, tan sinceramente amado por los buenos; pronunciando con tal motivo una oración, importante para todos los católicos y de especial interés para nosotros; como que examinó el estado de la prensa católica, señaló los defectos gravísimos y los constantes peligros de su actual organización, y expuso con claridad de razones la urgente necesidad de que se sometiera, con sumisión efectiva, á las legítimas decisiones de la autoridad episcopal.—Aunque parezca supérfluo, no dejaremos de consignar aquí nuestro deseo de que este discurso produzca consecuencias prácticas, y nuestra voluntad de someternos á las disposiciones y reglas que la Iglesia creyere conveniente prescribir.

En el *Círculo* se ha escuchado también la voz autorizadísima del sabio Obispo de Segorbe, cuyas enseñanzas, como las que fluyeron vistosísimas de labios del Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo, la tarde del día 11, en que su Ema. se dignó visitar dicho Centro, las pone sobre su cabeza la *Union Católica*. No olvidaremos tampoco los buenos consejos que con paternal solicitud nos dió el Sr. Obispo Auxiliar de Zaragoza, quien al propio tiempo pronunció una sentida plática enderezada á cantar las virtudes del ilustre Prelado Fray Manuel García Gil, que fué honor de la siempre esclarecida Iglesia española.

Finalmente, en la noche del día 13 oímos embelesados al Sr. Marqués de Pidal, que disertó sobre la conversión y vida del Rdo. P. Hermam, historia interesantísima, que contada y comentada admirablemente por el Marqués, cautivó la atención del numeroso auditorio que asistió al *Círculo*. En seguida saboreamos varios cantos litúrgicos, eucarísticos, y las Flores de Mayo, compuestas por el mismo Rdo. Padre, que cantaron con su habitual maestría los Sres. Godró, Saez y Gutierrez, acompañados hábilmente al piano por los Sres. Gonzalez, Mondejar y Peña. Para fin de fiesta dieron glorioso remate á esta velada, le-

yendo improvisadas composiciones poéticas, los Sres. D. José Selgas, D. Estéban Garrido y D. Juan B. Lázaro.

¡Dios proteja á la *Union Católica* en lo porvenir tan señaladamente como hasta ahora la protege!

Ha fallecido en Palma, á la edad de 39 años, antes de cumplirse el primer aniversario de la muerte de su ilustre padre, la Srta. Doña María Antonia, hija del Sr. Quint Zaforteza, y de Doña Carmen Crespi de Valldaura. Con esta nueva desgracia ha probado otra vez la Divina Providencia á la virtuosa familia de Orgaz; que en lo que va trascurrido del corriente mes ha perdido cuatro personas, una niña de pocos meses, y tres adultas, por las cuales suplicamos á nuestros lectores que rueguen á Dios Nuestro Señor.

Recomendamos encarecidamente á los padres de familia que mandan á sus hijos á estudiar á la corte, la Academia general y pension al alcance de todas las familias, dirigida por Académicos de la Juventud Católica de Madrid.

Las personas que gusten pueden pedir reglamentos á los directores de esa Academia, plaza de las Descalzas Reales, 2, bajo, izquierda, Madrid, y se les remitirán inmediatamente.

ESTUDIOS BÍBLICOS.

LIBROS HISTÓRICOS.

Todos los libros que constituyen la Biblia hebrea se refieren estrechamente á la religion nacional del pueblo de Israel, religion de la que procedia asimismo su organizacion social y política; y como esa religion que contenia las ideas, las aspiraciones, los sentimientos, las esperanzas, la constitucion y todo el modo de ser del pueblo escogido, se nos presenta como procediendo inmediatamente de Dios, de su enseñanza y mandamiento directo, resulta que era la constitucion hebrea una verdadera teocracia en el sentido propio y riguroso de la palabra. Cada libro, pues, debe ser considerado, si se ha de juzgar con acierto y verdad, segun su relacion con la teocracia, sin que esto impida cierta clasificacion de ellos; antes por el contrario, debe ser su fundamento. En efecto, unos nos presentan los fundamentos históricos de la religion y la accion providencial que la establece, la aclara, aumenta sus enseñanzas teóricas ó prácticas, y vela por su conservacion. Otros la enseñan doctrinalmente, ó están destinados para los usos litúrgicos y para dar vivacidad y expansion al sentimiento religioso. Otros, en fin, son exhortaciones á la práctica de la religion, ó vivas recriminaciones por su abandono, ó por la impureza con que el ingenio materialista hebreo y el espíritu de imitacion á los pueblos vecinos, manchaban frecuentemente la pureza del dogma ó de la moral religiosa y la constitucion teocrática del pueblo. Por eso está bien fundada la clasificacion de los libros bíblicos en

históricos, didáctico-poéticos y proféticos, atendiendo á la vez al contenido ó materia de los mismos y á su forma literaria, ya que los primeros están casi por completo en prosa narrativa, los segundos en verso, y los terceros se distinguen por una forma especial, propia exclusivamente del pueblo hebreo, salvo algunas imitaciones, y que participando mucho de la forma poética, tiene á la vez el carácter de la elocuencia religiosa.

No ha de creerse, sin embargo, que están estos diversos géneros perfectamente deslindados; pues los escritores hebreos, ni lo eran por oficio, ni se guiaban exclusivamente ni aun principalmente por el arte, que en teoría al menos no existía. Los intereses religiosos y por ende racionales, eran su númen inspirador y su norma artística casi exclusiva; pues aun la forma poética, que requiere y prueba no escaso arte literario, nacia toda del entusiasmo religioso, y á la religion únicamente se proponía servir: nunca los vates hebreos, y menos los Profetas, practicaron la hoy celebrada máxima de *el arte por el arte*; su objeto era más sério y elevado. Donde aparece mayor mezcla de géneros es en los libros históricos, que contienen á veces trozos de excelentísima poesía, como por ejemplo, los dos magníficos cantos que se leen en el Exodo y Deuteronomio; otras veces, aunque pocas, toman el estilo homiliático ú oratorio, y hasta el profético, como en el hermosísimo fragmento de los Números, donde se leen los vaticinios de Balaam. También hay— y puede decirse que es lo principal del Pentateuco—grandes porciones dedicadas á la legislacion, desde los más importantes preceptos de la ley natural contenidos en las tablas de piedra, hasta los reglamentos más minuciosos de la vida civil.

Comprendemos con la denominacion de libros históricos, primeramente los cinco de Moisés, ó sea el Pentateuco, base y fundamento de toda la literatura, y aun de toda la historia del pueblo hebreo, incomprensibles ambas de todo punto sin él. El libro de Josué viene á ser como el complemento del anterior, ó de la

Torah, como llaman los hebreos al Pentateuco. Vienen luego el de los Jueces, con su apéndice el de Ruth; los dos de Samuel, que acostumbramos á llamar 1.º y 2.º de los Reyes; los dos de los Reyes, que nosotros llamamos 3.º y 4.º; los dos de los Paralipómenos; los dos de Esdras, de los cuales el 2.º se llama tambien de Nehemías; el libro de Tobías; el de Judith; el de Esther, y los dos de los Macabeos. Los hebreos, y con ellos los protestantes actuales, no cuentan entre sus libros sagrados al de Tobías, al de Judith, á los dos de los Macabeos, ni los siete capítulos finales del libro de Esther, que la Iglesia católica tomó de la Biblia alejandrina, ó sea de la version griega, que comenzó á escribirse desde los tiempos de Ptolomeo Filadelfo, y se terminó hácia el año 100 antes de la era vulgar. Aunque todos estos libros están estrechamente unidos con los intereses teocráticos ó de la religion hebrea, claro es que lo están de diverso modo. El estilo es diferente para cada uno, como tambien la amplitud de la narracion. La lengua varía tambien; conservando en el Pentateuco y Josué signos ciertos de arcaismo, admitiendo en libros posteriores más ó ménos huellas aramáicas; y finalmente, algunos solo subsisten en griego, ó por haberse perdido los originales hebreos ó arameos, ó por haber sido escritos en griego primitivamente, como el 2.º de los Macabeos.

Cuanto á la exactitud histórica, además de lo que habremos de decir de cada uno en particular, parecénos conveniente abordar desde luego la gran objecion, piedra de escándalo para el racionalismo actual en todas sus formas, incluso el materialismo más crudo, que tiene ciertamente bien poco de racionalista, y menos de racional, es decir, la existencia de narraciones de hechos sobrenaturales, milagros y profecías.

Hemos dicho y repetimos que, siendo la cuestion acerca de la posibilidad de lo sobrenatural y de sus pruebas más positivas, el milagro y la profecía, cuestion propia de la Filosofía, nosotros no entraríamos en ella, siendo para nosotros cosa evidentemente

demostrada su solucion afirmativa. Y tanto es así, que apenas hay unos pocos filósofos que, creyendo en un Dios real y verdadero, con los atributos que la sana razon le reconoce, desde que le admite como el Sér eterno y necesario, nieguen luego la posibilidad de su accion providente sobre el mundo, no sólo por las leyes físicas y morales que rigen á todos los séres que le forman, sino tambien por medios extraordinarios y de orden superior. Pocos son hoy los deistas, que tanto ruido hicieron en el siglo anterior; y su influencia en la opinion es tan escasa, que no hay para qué tenerla en cuenta hoy en dia, cuando así como ellos negaron lo sobrenatural, han venido otros, los más numerosos é influyentes, los que lastimosamente están llevando en pos de sí á las masas indoctas y á la juventud presumida y petulante, que niegan el orden todo espiritual y moral, como que niegan á Dios, al alma y su libertad. Y este resultado le previeron y probaron especulativamente los apologistas cristianos, pudiéndose hoy repetir sus racionios con tanta más razon, cuanto que los corrobora el hecho incuestionable de ser hoy los materialistas, ateos y positivistas—que con cortas diferencias son la misma cosa—los que llevan la voz en el mundo, además de ser sin comparacion los más numerosos, fuera de la filosofia cristiana. Las presuntuosas teorías apriorísticas y trascendentales de Alemania, tocadas todas de panteismo, han llegado á producir en los filósofos modernos hostiles á la revelacion, la misma repugnancia que mostraron los autores de aquellas al orden revelado y sobrenatural, llegando esa corriente mucho más allá de donde la sana razon pedia; pues en vez de detenerse en la filosofia tradicional, ó por lo menos en el deismo, se han arrojado de cabeza en el más crudo ateismo y materialismo, dirigiéndose hoy los esfuerzos todos de estos investigadores á establecerle científicamente. Pero consignado el hecho, nosotros no tenemos aquí que ver con esta clase de sabios, dejando su refutacion á los filósofos cristianos, que han sabido y saben dar buena cuenta de semejantes lucubraciones, pues aun-

que revestidas de grande aparato, que seduce y arrastra á los flacos de entendimiento y de ciencia, se ve claro como la luz que son meras hipótesis insostenibles ante la luz de una sana filosofía (1).

Nosotros hablamos aquí con los que admiten un Dios personal, la espiritualidad del alma y el orden moral, y *por consiguiente*, tienen que admitir al menos la posibilidad de la revelacion, ya que no hay dificultad alguna séria, ni por parte de Dios, omniscio y omnipotente, ni por parte del hombre, capaz de aprender lo que le enseñan, ni por parte de la doctrina objeto de la revelacion. Las dificultades que oponian los deistas son tan flacas, que no hay alumno de nuestros Seminarios que no sepa refutarlas, y la verdad es que ni ellas valen nada, ni está hoy en este punto la discusion despues del criticismo de Kant y los sistemas filosóficos subsiguientes.

Dada la posibilidad del orden sobrenatural y de sus manifestaciones características, cosa innegable para todo entendimiento que no esté reñido con la lógica y el buen sentido, si admitié y cree las verdades arriba indicadas; es claro inferir que no se pueden tachar de falsas *a priori* las narraciones bíblicas, por el solo hecho de entrar de lleno en el orden sobrenatural, ni aun cuando refieren hechos milagrosos ó profecías verdaderas acreditadas por los acontecimientos posteriores. Contrarias narraciones de plena certeza histórica, ó lo absurdo ó falso de las doctrinas, ó milagros y profecías indignas de Dios, ó contradicciones irresolubles en la narracion, si algo de ello se demostrase, eso es lo que sería preciso para declarar falsa la historia bíblica. A todos estos argumentos háse apelado desde Celso hasta nuestros dias, aunque jamás la incredulidad ha podido triunfar por un solo momento en

(1) Véase sobre esto la preciosa memoria del Sr. Ortí y Lara, titulada *La Ciencia y la divina Revelacion*, premiada por la Academia de ciencias morales y políticas.

frente de las invencibles razones y ciencia superior de los apolo-
gistas cristianos. Y si nos queremos referir á nuestros tiempos,
puede decirse que apenas hay objecion nueva que no haya sido
resuelta y aniquilada por los Padres y expositores de la Biblia,
fuera de unas cuantas que han nacido con las ciencias modernas
ó los nuevos descubrimientos en la historia oriental; y éstas van
siendo igualmente contestadas por los sabios del cristianismo, los
cuales han puesto fuera de duda que los datos recientes ciertos—
porque todavía hay muchísimo hipotético—de la historia y de las
ciencias naturales, en nada se oponen á nuestros Libros santos,
si es que no los confirman, como sucede las más de las veces. Y
hasta debemos tener como providencial la persistencia de tales
ataques, que nos obligan á investigar con mayor diligencia y
profundidad el sagrado texto, susceptible á veces de un sentido
en que no se había pensado, cuando el estado de las ciencias per-
mitia pasar sin hacer alto por algunos pasajes que se entendian
conforme á la expresion más rudamente literal, pudiéndose en-
tender con alguna diferencia; y sirvan de ejemplo los dias de la
creacion antes de nacida la Geología.

Ceguera lamentable es la de nuestros adversarios, que enemi-
gos del milagro y lo sobrenatural, no quieren ver lo que sería
por todo extremo sobrenatural y milagroso, si los libros de la Bi-
blia fueran obra puramente humana. Ellos, que no quieren ver
en el pueblo hebreo una excepcion en punto á narraciones míti-
cas y legendarias, no pueden probarnos que no sea verdad el he-
cho, por todo extremo estupendo, de que unas historias antiquí-
simas, de diversos autores, en distintos tiempos escritas, y por un
pueblo todavía rudo y poco civilizado, donde apenas se conocian
las ciencias propiamente tales, si algo se conocian; unas historias
que se enlazan íntimamente con todos los órdenes de nuestros
conocimientos actuales, con la metafísica, con las ideas religio-
sas, con la moral, con la historia, con las ciencias físicas y na-
turales, aun hoy, en medio de tanta luz, en pleno siglo XIX, no

hayan podido ser convictas de falsedad, sin más que entenderlas bien é interpretarlas razonablemente. Hágase una prueba igual con cualquier literatura antigua, con la historia clásica de los autores griegos, el pueblo más culto de la antigüedad, y se verá al momento la diferencia. Y las historias hebreas en su mayor y principal parte, son mucho más antiguas que las griegas; y están informadas por una idea inmensamente superior á la de la patria que informa á las griegas; y en ellas se encuentran las más altas doctrinas religiosas, filosóficas y morales, en que las griegas tanto dejan que desear, por no decir otra cosa; y si contienen un elemento sobrenatural, es racional y lógico, digno siempre de Dios y de su providencia, en vez de las supersticiones vergonzosas que hallamos en la literatura griega, encomiadora de las hazañas más inmorales de sus falsos dioses y de sus oráculos mentirosos. ¿Qué es de la obra de Herodoto, de los escritos de Platon ó de Aristóteles, cuando se los sujeta á severa crítica ante las ciencias modernas, á pesar del peregrino ingenio de sus autores? Mil veces se ha ridiculizado á la Biblia, como puerilmente incompatible con la ciencia moderna, y eso que no trata de ciencia, sino de religion, expresándose en todo en el lenguaje familiar y popular que todos pudieran entender, aun en tiempo en que no existia la ciencia; pero ¿quedaria mejor parado el mismo Aristóteles, aunque tanto estudió y en tanto acertó, si se le sujetara á una crítica científica severa? Los errores físicos, químicos, biológicos y cosmológicos que se han echado en cara á los Padres y á la escolástica, ¿no son en todo caso errores de Aristóteles? Pues ¿cómo se explica naturalmente que un libro como el Génesis, no solo no esté en oposicion con las ciencias modernas, sino que sea el que ha enseñado al mundo culto, á la Europa moderna, los más sublimes principios de la Filosofía en todas sus ramas, principios que no alcanzó Platon con toda su escuela, ni Aristóteles con la suya, ni todos los ilustres sabios de Grecia y Roma? Esto no se explica, sino porque el pueblo hebreo fué una excepcion única en

el mundo; porque es una verdad lo que él sostiene: que sus grandes hombres fueron inmediatamente adoctrinados por Dios, que la Providencia le eligió para la elevadísima misión de Sacerdote del género humano, para que conservara las verdaderas doctrinas religiosas, hasta que él y los demás pueblos estuvieran en disposición de recibir el complemento y perfección de las mismas, por medio del que habló en el principio á los primeros padres del humano linaje, y había de hablar despues para todas las gentes, hecho hombre y conversando con los hombres.

A pesar de todo, se dice y se repite; el elemento sobrenatural que aparece en la Biblia es mítico ó legendario, porque el mito y la leyenda se hallan en todos los pueblos, y el hebreo no ha de ser una excepcion. Pues lo es, como acabamos de ver, y no es posible, si no, explicar humanamente tan alta doctrina en tiempos tan indoctos relativamente; no es posible, si no, que en sus numerosísimas relaciones con el saber actual del mundo civilizado, no se haya podido demostrar aún el error en aquellos libros; no es posible, si no, que puros mitos ó fábulas locales aparezcan más ó ménos confirmadas por las historias y tradiciones de todos los pueblos antiguos de que hay memoria; no es posible, si no, que por este medio haya podido escribirse *La Biblia sin Biblia*, como lo ha hecho el presbítero francés Mr. Gaiet, en dos grandes volúmenes de interesantísima lectura, y que ya hoy podrian aumentarse con los nuevos estudios egipcios, asirios y otros; no es posible, si no, que por los libros bíblicos pueda explicarse, mejor que por ningun otro modo ni teoría, la historia religiosa, intelectual y moral de todos los pueblos paganos, que sin lo que nos enseñan aquellos libros, es un caos inextricable.

Ni es posible, por otra parte, explicar al mundo y al hombre sin el dogma de la creacion; y todos los que le rechazan tienen que venir á parar forzosamente á la doctrina materialista y atea y absurda de la eternidad del mundo y de la aparicion casual del hombre sobre la tierra, es decir, á una doctrina que, estando en

abierta oposicion con la creencia universal de la humanidad toda, no se puede sostener un momento ante la sana filosofia, ni aun ante el simple buen sentido de todo el que goce de sus facultades mentales, y no esté completamente imposibilitado para raciocinar en asuntos tan graves, por haber dado grata acogida en su corazon á las groseras hipótesis que pasan hoy por teorías científicas entre materialistas y positivistas. Y partiendo del dogma religioso y filosófico de la creacion, es hasta de buen sentido admitir que el hombre fué criado en la sociedad y para la sociedad, adulto de cuerpo y de espíritu, y adornado, por consiguiente, con todos los conocimientos necesarios para vivir *como hombre* y adoc-trinar á sus descendientes, sin cuyo requisito nadie vive vida intelectual, religiosa y moral, como lo acredita cada dia la experiencia, y lo conceden, forzados por la evidencia del hecho, hasta los filósofos más hostiles al Catolicismo, con tal que no sean materialistas, como en otra parte hemos demostrado, citando en particular á dos demasiado conocidos en nuestra patria, Tiberghien y Quinet. Demasiado sabemos cuáles son hoy las ideas de moda en esta materia, ideas á que vienen á dar un apoyo los darwinistas y casi todos los prehistóricos—algunos de éstos sin comprender que están dando fuerza á la teoría absurda y hace mucho abandonada del salvajismo, como estado natural y primitivo del hombre.—Pero una cosa es la moda, y otra muy diferente la verdad. Cuando se nos muestre á un hombre, ó tribu, ó pueblo, que sin ningun auxilio ajeno haya pasado del estado de nulidad intelectual en que nacemos ahora—y verosímilmente habrán nacido siempre los hombres—ó del estado de salvajismo que es de suponer, segun las doctrinas transformistas, al estado de cultura en que se nos presentan ya los pueblos que aparecen en la historia más remota, los asirios, los egipcios, los chinos, los semitas; cuando se nos muestre, digo, un solo caso de este fenómeno estupendo, podremos creer que Dios crió al hombre materialmente, pero no ilustró su razon, ni con ilu-

minacion interior, ni hablándole exteriormente por medio de su Verbo, en aquellas teofanías de que nos habla el Génesis. Todo lo que se dice de las verdades primeras impresas en la razon, y de los principios morales grabados en la conciencia, muy bello y muy verdadero si se entiende bien, no invalida el hecho general de que venimos hablando, *que ni hombre ni pueblo se civiliza á sí mismo sin auxilio ajeno, sin ayuda de alguno que tenga ya lo que ha de dar*. No establecemos hipótesis ni teorías; afirmamos un hecho universal y nunca desmentido; y si no, que se cite un solo ejemplo contrario, y que se le pruebe. Si este hecho universal destruye, radicalmente y á la vez, todos los sistemas racionalistas y las hipótesis de los flamantes transformistas y prehistóricos, no es culpa nuestra, es culpa del hecho mismo con su elocuencia brutal; es culpa de la madre naturaleza, estudiada por el método mismo que como único reconocen los positivistas. Y que este hecho universal echa por tierra todas las teorías racionalistas y materialistas, es cosa evidente, porque si ningun pueblo se civiliza á sí mismo sin auxilio de otro ya civilizado, alguno lo fué primitivamente, y éste sólo pudo recibir su civilizacion del mismo Sér de quien recibió la existencia; es decir, que el hombre fué criado adulto de cuerpo y de espíritu, que Dios le infundió los conocimientos esenciales, á lo ménos, para vivir como hombre, para cumplir su destino, aquellas verdades sin las cuales no se da vida intelectual, religiosa y moral. Y sólo así se explica la admirable unidad de las tradiciones primitivas de todos los pueblos antiguos de que tenemos monumentos históricos, y el hecho (contrario en absoluto á las teorías modernas evolucionistas) de que en todos los pueblos aludidos eran más exactas, profundas y verdaderas las nociones relativas al orden religioso y moral que en tiempos posteriores, cuando las luchas de la vida y las pasiones hicieron olvidar en gran parte y adulterar aquellas nociones primitivas. No es verdad que los pueblos hayan ido subiendo gradualmente desde la simple admiracion á los fenómenos

naturales al reconocimiento y culto de las fuerzas que los producian, y luego al sabeismo, al fetiquismo, al simbolismo ya consciente, y por último, al monoteísmo. Las investigaciones de los prehistóricos están muy lejos de probarlo, y los datos y documentos más antiguos prueban que el monoteísmo es primitivo. No es asunto este para tratado incidentalmente; pero si alguno necesita convencerse, no le faltan fuentes en que beber. Baste citar la obra mencionada *La Biblia sin Biblia*, y la *Memoria sobre el monoteísmo* que insertó Schœbel en los *Annales de Philosophie chrétienne*, en que ya toma nota de la confesion de Renan respecto al monoteísmo del antiguo Egipto, incompatible con la *constitucion intelectual* de las razas semita y kamita que este célebre escritor habia inventado.

Mas admitida una revelacion primitiva, como es preciso si ha de explicarse razonablemente la realidad y la historia, en el mismo hecho queda admitido lo sobrenatural, y esto en alguna parte ha de estar, y en ninguna mejor que en los libros hebreos, singularmente en los mosaicos, con los cuales nada hay que pueda compararse, ni remotamente, en toda la antigüedad, ni que se sostenga como ellos ante una critica basada en todos los conocimientos modernos. Y si se da una doctrina revelada, nada obsta para que se vea confirmada con hechos sobrenaturales, ya porque estos son la única credencial irrecusable de una revelacion divina, ya porque pudiéndose borrar y adulterar con el tiempo y las pasiones humanas, no habia mejor medio de grabarla indeleblemente en la memoria de las generaciones que la habian de conservar, que esos hechos que hablan á los sentidos del pueblo, y se conservan fácilmente en su memoria de generacion en generacion. Lejos, pues, de ser para nosotros una dificultad el admitir en el pueblo hebreo una excepcion en lo relativo á mitos y leyendas, nos vemos obligados á admitirla en alguna parte, y en ninguna con más derecho que aquí. Las creencias universales en hechos milagrosos, lo que prueban es que se han dado en la rea-

lidad verdaderos, como toda falsificación prueba que hay algo legítimo que se falsifique; lo que prueban es que lo sobrenatural y milagroso es algo moralmente necesario á la humanidad, algo que radica en las más íntimas necesidades del hombre, necesidades que eran mucho mayores cuando era menor la cultura científica é intelectual. Según esto, no negamos que en el pueblo hebreo corrieran sus mitos ó leyendas; lo que negamos redondamente hasta prueba en contrario, es que lo sean las narraciones de sus libros canónicos, confirmados como historias verídicas por multitud de documentos extraños en muchas de sus partes, y por la misma série y encadenamiento lógico de la narracion, con las demás circunstancias que la acompañan.

Por consiguiente, no se puede rechazar *a priori* y en absoluto, como mítica ó legendaria, cualquiera parte de la narracion bíblica que nos refiera un milagro. Uno hay, el primero—aunque teológicamente no se le puede llamar tal—, que lejos de ser un mito, es una necesidad reconocida por la ciencia de buena ley y por la sana filosofía, que no pueden dar un paso sin suponerle: tal es la creacion del mundo. De algun otro hay vestigios en las tradiciones más antiguas de todos ó casi todos los pueblos, cual es el diluvio, como igualmente de importantísimas doctrinas fundadas en la narracion del Génesis, como el primer pecado, la promesa de la reparacion y la institucion de los sacrificios que la simbolizaban.

Pero se dice como ejemplo: como mito ha de considerarse cualquier historieta inventada para dar razon de un uso ó costumbre cuya razon y origen se ignoran. Tal es la relativa al milagro verificado ante el Arca santa de Israel en el templo de Dagon, cuya estatua dicen que se cayó de su lugar, apareciendo la cabeza en el umbral de la puerta, que por eso no pisaban nunca los filisteos hasta la época en que se escribió esta narracion (1.º Reyes, cap. 5.º). Ciertamente, es posible que alguna historia falsa se haya *inventado* para dicho fin; mas si se ha

inventado, no es un mito ó leyenda, es una invencion y una mentira, y en nuestro caso la rechaza el carácter general del libro en donde se halla, en que la buena fe del escritor es manifiesta para todo lector exento de prevenciones. Y dado que existan leyendas de esta especie, ¿cómo se prueba que lo es la narracion citada? ¿Hemos de creer que es critica científica y profunda una simple denegacion? Tambien ostenta carácter legendario, segun dice un crítico, la suposicion de un ascendiente que llevara el nombre de una tribu ó pueblo, como que es la razon más á mano que se les puede ocurrir al preguntarse por qué se llaman como se llaman. Lo cual relega al carácter de mera leyenda cuanto se lee en la Biblia relativo á Jacob y sus hijos, y á los hijos de las concubinas ó mujeres de segundo orden de Abraham, que precisamente tiene todos los caractéres históricos que se pueden apeteer, como es manifiesto al que lea el Génesis; sin hablar ahora de la tenacidad de las tradiciones de familia entré los pueblos más próximos y parecidos al hebreo, como los árabes antiguos y modernos, y de que son escasísimos los hechos narrados en el Génesis—fuera de la historia de José, que de ningun modo puede tenerse como una novela inventada siglos despues—, y era facilísimo que eso poco se conservara como tradiciones de familia. Aplicar, pues, á la historia hebrea lo que puede aparecer en cualquiera otra hecha sin consultar documentos y sin género alguno de critica, es una generalizacion infundada, que nos permitimos no admitir hasta que se pruebe, como se ha probado, v. gr., en historias antiguas de España.

Y véase una cosa singular. El mismo crítico que hace tales afirmaciones, sostiene que los historiadores hebreos á quienes se debe la última redaccion, ó compilacion, ó como quiera llamarse, de sus libros históricos, usaban con los documentos de que se valian, el método más elemental, cual es incorporarlos íntegros en la narracion, sin cuidarse de si habian variado ya las cosas; y cita á este propósito el 3.º de los Reyes, 8.º, 8, donde se dice que

ciertas obras del templo de Salomon permanecian como fueron dispuestas *hasta el dia de hoy*, siendo así que el mismo libro— es decir el 4.º, no el 3.º,—refiere la destruccion del templo, probándose así que no existia ya cuando el libro fué escrito. La cita no ha podido ser más desgraciada; pues aunque sea el mismo el autor de ambos libros, 3.º y 4.º de los Reyes, como sin dificultad lo creemos, tambien afirmamos que el autor fué coetáneo de la destruccion del templo, y por consiguiente que le pudo ver y le vió antes de ser destruído. Para nosotros es casi indudable, como probaremos en su lugar, que el autor de dichos libros fué Jeremías; y claro es que pudo escribirlos, á lo ménos en su mayor parte, antes de la catástrofe nacional, y por lo tanto que podia ser literalmente exacto que las citadas obras permanecian hasta el dia en que el citado pasaje se escribió. Así lo que en opinion del citado crítico tanto perjudica á la exactitud de nuestros libros históricos, es precisamente lo que prueba que no se los escribió como quien recoge leyendas, sino como quien hace historia, compulsando las fuentes ó antiguos documentos. Y de esto hay infinidad de casos patentes, y es bastante general, particularmente en los libros de los Reyes y Paralipómenos, referirse, como á comprobantes de la exactitud de la compendiosa narracion, á las fuentes originales. Tambien se valió de ellas el autor del libro de Josué, pues al leerlo, parece que estamos leyendo los documentos mismos que hubieron de escribirse en la reparticion del país entre las tribus y familias del pueblo conquistador. Y no sólo no es inverosímil, sino hasta muy probable, que el mismo Moisés usara algun documento escrito, aunque no de la manera que lo entendió Astruc, ni ménos como lo entienden las escuelas racionalistas modernas. Si se valió de alguno, lo hizo como historiador, no como mero zurcidor sin crítica de cualesquiera escritos antiguos. A nosotros nos parece probable que de las escasísimas noticias que da relativas á la época antediluviana, y pudieron muy bien llegar á él por tradicion, algunas tomó de al-

gun escrito antiguo, y tal nos parece la lista genealógica y cronológica de los Patriarcas, pues el número de años que cada uno vivió era más fácil de olvidarse ó confundirse en la simple tradicion oral. Sin duda nuestros adversarios nos dirán que no tenemos nosotros que hablar de documentos ni de trabajos más ó ménos críticos sobre ellos, supuesto que admitimos la inspiracion divina de los escritores, y dada ésta no se necesita más. Cierto es que no se necesita, si Dios quiere excusar todo trabajo al escritor que Él inspira, pero sí se necesita en otro caso; y el que los historiadores hebreos hayan empleado los medios humanos de averiguar la verdad antes de consignarla por escrito, nos viene muy bien para defender la veracidad de sus historias ante los que no quieren oír hablar de inspiracion superior. Por lo demás, ésta no excluye el trabajo del escritor, y cómo la admitimos los católicos, y hasta qué punto llega nuestra libertad de opinar en esta materia, pueden verlo nuestros adversarios en nuestros tratados elementales; pues ellos que nos atacan, deben saber lo que pensamos y creemos, si ya no hacen como tantos otros que odian, impugnan, y ridiculizan al Catolicismo, y le dan por muerto, sin haber llegado todavía á estudiarle, ni ménos á entenderle.

FRANCISCO CAMINERO.

LOS PARÁSITOS.

ESCENAS DE LA VIDA PRÁCTICA.

(Continuacion.)

Pero á estas mútuas y dulces expansiones de dos almas estrecha y amorosamente unidas, no acompañaba nunca una explicacion de las causas que podían haber roto, materialmente al menos, los vínculos para que habian sido creadas; explicacion que, sin procurarla Cárlos, deseaba con todas las fuerzas de su alma generosa y vehemente.

Como nada hay en la organizacion de la familia que no cumpla en ella su mision divina, aquel hogar sin madre, aquella mujer sin esposo, aquel matrimonio sin tálamo nunca fueron para Cárlos una verdadera familia. Arraigábanse en él los hábitos de independenciam, falta su vida del ejemplo que insensiblemente labra en todo corazon el espectáculo de los mútuos sacrificios y de las recíprocas concesiones que constituyen la sociedad conyugal, y por otra parte, privados sus padres de esa fuerza que labra solamente la union perfecta de dos voluntades, buscábanla á veces en su hijo, y éste pasaba de protegido á protector contra la ley natural que impone á las criaturas la tutela perpétua de los autores de su existencia. Ya hemos dicho que Cárlos recibió en el extranjero su primera educacion, y que cursó en Madrid la enseñanza superior, dedicándose, como casi todos los jóvenes de su clase y de su época, á los estudios de legislacion, tanto civil como política y administrativa, pasaporte científico para las principales y más brillantes carreras del Estado.

Que la vida de la corte y la índole de sus estudios, de sus relaciones y amistades abrieron á sus ojos horizontes más dilata-

dos que los que en Duradon se ofrecieron á su padre en la juventud, cosa es que á nadie, y menos á aquel, pudo parecer inexplicable; pero estas esperanzas que todos los hombres han sentido á su edad, esa ambicion todavía noble y generosa á los veinticinco años, esa audacia que á todo se atreve, porque descansa en la profunda seguridad de nosotros mismos, y que la experiencia ó el desengaño no han modificado todavía, se aliaba en el corazon del Conde de Cavia con un idealismo político que, aislándole de todos los partidos militantes, le habia constituido una fisonomía especial, dándole fama de soñador y poeta, más que de hombre *práctico y grave*.

Aunque amigo muy íntimo de Juan Antonio, era Cárlos, por su carácter, la antítesis de aquel: si el uno juzgaba á los hombres con indulgencia y sabia servirse de ellos, el otro, severo y durísimo en sus juicios, no conocia el arte de aprovechar las debilidades ajenas en beneficio de las propias. Si Juan Antonio, hablando mucho, á nada se comprometia nunca, Cárlos no sabia otra oratoria que la que enseña á hacer programas, y ¡cosa imperdonable! al formularlos sería y formalmente, se creia obligado á cumplirlos.

Con tal espíritu acudió el Conde á las elecciones. Su nombre, más que su dudosa é incolora filiacion política, le hizo desde luego buen lugar en el comité central coalicionista, y el provincial de Duradon le colocó en primera línea, al lado de Juan Antonio y Cortezon, y en compañía de D. Modesto, en la candidatura de la provincia; pero aunque Ruiz del Busto exageraba un poco al decir que su influencia era casi nula en aquella, la verdad era que, aun contando con más elementos naturales que ninguno de sus compañeros, era, sin embargo, el menos simpático de todos, si no á la generalidad de los electores, al núcleo directivo de la eleccion que residia en la capital, y cuyos intereses y relaciones en la provincia, ya políticos, ya particulares, habian de decidir el éxito.

Ahora bien: los que componian ese grupo constituian la aristocracia de Duradon, no la aristocracia tradicionalista de los Verruelas, Cenegros y Ayoras, sino la aristocracia nueva militante y omnipotente, que a la vez que envidiaba sus pergaminos al Conde de Cavia, sabia el modo de reirse de ellos, de la misma manera que para despreciar á su padre habia inventado una especial ma-

nera de protegerlo, llamándole el pobre Marqués; gente, en fin, ni más ilustrada, ni más liberal, ni más rica que aquellos venerables restos de pasadas grandezas; pero en cambio, más audaz, más potente, y por lo mismo, más orgullosa.

Que un noble antiguo, protegido por ellos, vistiese sus colores, admitiese sus figurines, y llevase á Madrid y á las Cortes la representacion de aquel comité de abogados, notarios, procuradores, tenderos y prestamistas acomodados, les parecia bien; pero que ese mismo sugeto, que habia tenido la desgracia de no nacer como ellos, pobre y desheredado, que habia recibido de sus padres un nombre anticuado, aunque ilustre, pretendiese además tener talento é ideas propias, sin contentarse con el talento y las ideas que generosamente ponian á su disposicion, como el único bagaje que debia aceptar para el camino, era cosa que ni como verosímil admitia el espíritu, conciliador si se quiere, pero democrático (en el buen sentido de la palabra), del comité independiente de Duradon.

Y como Cárlos Cavia, aunque jóven, entusiasta y confiado, se prestaba difícilmente á este oficio de comisionista político con que querian honrarle sus convecinos, y al revés que Juan Antonio su amigo, que tambien estaba decidido á no cumplirle, hubiera cometido, á poco que se le hubiera incitado, la imperdonable falta de declarar bruscamente que no le aceptaba; aquel, que le conocia á fondo, procuró desde los primeros dias alejarse de Duradon y de las reuniones preliminares, en las que su noble franqueza, su espíritu independiente y reformista, y su generoso, aunque altivo carácter, hubieran comprometido, no solo su causa, sino tal vez el éxito de toda la candidatura.

CAPITULO X.

¡NO TOQUEIS Á LA PLAZA!

Aunque D. Pelegrin Burgillos, ocupado constantemente en los mil incidentes, complicados lances y extraordinarias combinaciones del comercio al pormenor, no pertenecia al comité coali-

cionista provincial de Duradon, ni jamás se habia significado en ningun grupo político, bueno será que conozcamos su opinion sobre el objeto y fin de estas disputadas elecciones, en las que tan principal papel jugaba un individuo de su familia.

—No te canses, Juan Antonio—solia decirle á menudo, en los raros momentos que su sobrino consagraba á hacerle compañía.—No te canses. Por más que tú digas, yo conozco el mundo, y sé lo que pasa en Madrid. En Madrid hay, hace mucho tiempo, lo sé de buena tinta, el plan de aniquilar á Duradon—no te rias—añadia gravemente D. Pelegrin—te digo que me consta. Nos temen, no te canses, nos temen, y han jurado nuestra ruina. Saben que aquí somos independientes, que aquí no recibimos sus modas, sus empleados y su política, como doctrinos, como esclavos, como acostumbran á hacerlo otras provincias, y les tenemos asustados. Ya lo has visto, el Marqués..... digo, me parece que el Marqués—D. Pelegrin era de los pocos duradoneses que no se habia acostumbrado todavía á llamarle *el pobre Marqués*—no es un cualquiera, ¿eh! Pues bien, figúrate tú si en Madrid le tendrán pocas ganas. La primer familia de Duradon, es decir la primer familia de España, y ¿cómo está con la gente de Madrid? ¿Qué piensan de él en Madrid? No le habrán visto mucho por los cafés ni por los teatros ¿eh? ni á Cortezon tampoco, hombre algo exaltado, pero honradísimo y popular, en este gran..... en este centro político y..... comercial—concluyó D. Pelegrin, tosiendo con modestia, como quien personalmente esquivaba compararse con gente de tanta importancia, sin rehusar por eso participar como clase, de la justa importancia de su país natal.—Desengáñate, Juan Antonio, el resultado de estas elecciones está previsto, y no puede ser otro que la ruina de Duradon. Díselo á D. Modesto. Me consta.

Juan Antonio, que tenia de sí mismo una idea tan seria, que jamás discutia con nadie, á menos que la discusion le condujese á algun resultado práctico, no trataba nunca de convencer á Don Pelegrin, ni de rectificar los juicios más ó ménos equivocados que sobre cualquier cuestion, y muy especialmente sobre esta de la supremacía de Duradon y de los agravios que pudiera tener contra la corte formulaba á menudo. Fuese método estudiado ó impensada manera de conversar con él, no respondia derechamente

á ninguna de sus afirmaciones ó preguntas, antes bien, y en lugar de respuesta, solia dirigirlé alguna pregunta del todo incongruente con aquellas.

Así, un dia en que D. Pelegrin repetia por centésima vez su fatídico agüero respecto al resultado que para su amada ciudad habian de tener aquellas elecciones, se vió favorecido por su sobrino con está singular pregunta.

—Y diga V., tío, ¿por qué no se decide V. á hacer un viajecito á Madrid para ponerse una dentadura?

Don Pelegrin, incapaz de sospechar de nadie, no solo no se ofendió de la invitacion amistosa de su sobrino, sino que, atribuyéndola á cordial solicitud por sus digestiones, empezó á explicarle con difusa y peregrina elocuencia, cómo, aunque admiraba los progresos y adelantos de su siglo, que habian suprimido ó modificado las más naturales dolencias é imperfecciones de la mísera humanidad, él, que habia ya cumplido setenta años, no se atrevia á remediar los estragos que, acaso la gula, habian acarreado en su boca; cómo, desprovista de la mayoría de sus muelas y dientes y de dos colmillos, le servia aún para dar gracias á Dios por los beneficios que de Él habia recibido, y cómo, en fin, aceptaba con espíritu resignado y contrito tal achaque en desagravio del orgullo que siempre le habian inspirado sus dientes, que—esto en confianza—le habian dado fama en su juventud de gran promovedor de francachelas y consumidor de meriendas.

Su sobrino, en vez de quedar edificado con tan cristianas ideas, tan sencillamente expresadas, hemos de confesar en obsequio suyo que, ó no entendió su exposicion, ó por respeto y cortesía no quiso impugnar tales argumentos, porque sin referirse á ellos, y como si la respuesta de su tío hubiese girado sobre otro muy diverso asunto:

—Y á propósito—le dijo—¿qué opinion tiene V. formada de nuestro adversario Palomino? ¿Cree V. que es hombre de influencia, que podrá hacernos sombra?

SANTIAGO DE LINIERS.

(Se continuará.)

EL PRIVILEGIO DE LA UNION.

(Continuacion.)

II PRIVILEGIUM.

Sepan todos, que Nos D. Alonso, por la gracia de Dios, Rey de Aragon, de Mayorcas, de Valencia, & Compte de Barcelona; Por Nos, & por nuestros sucesores, que por tiempo regnaren en Aragon, damos, queremos, & otorgamos á los Nobles D. Fortuynno, por aquella misma gracia Bispe de Zaragoza; D. P., Seynnor de Ayerbe, tio nuestro; D. Exemen de Urreya; Don Blasco de Alagon; D. P. Jurdán de Penna, Seynnor de Arenoso; D. Amor Dionis; D. G. Alcalá de Quinto; D. P. Ladron de Bidaure; D. P. Ferriz de Sessé; D. G. de Bidaure. Fortunis de Vergua, Seynnor de Pueyo; D. Ximen Perez de Pinna; D. Martin Ruiz de Foces; Fortun de Vergua de Ossera, & á los otros Mesnaderos, Caballeros Infanzones de los Reynos de Aragon, de Valencia, de Rivagorza, agora ajuntados en la Ciudad de Zaragoza & á los Procuradores, & á toda la Universidad de la dita Ciudad de Zaragoza, así los Clérigos como á los Legos presentes é venideros: Qui de aquí adelante Nos & los sucesores nuestros á todos tiempos clamemos, é fagamos ajuntar en la dita Ciudad de Zaragoza una vegada en cada un año, en la Fiesta de todos Santos del mes de Noviembre, Cort General de Aragoneses, é aquellos qui á la dita Cort se ajustaren, ayan poder de esleir, dar, é assignar, & eslien, den, & asignen Conseylleros á Nos, & á los nuestros sucesores: & Nos, & los nuestros sucesores recibamos por Conseylleros aquellos que la dita Cort, ó la part della, concordant aquesto con los Jurados, Procuradores de la dita Ciudad esleyerán, darán, & asignarán á Nos, é á los nuestros sucesores. Con cuyo Consejo Nos, é los nuestros sucesores gobernemos & aminestemos los Regnos de Aragon, de Valencia & de Ribagor-

za. Los ditos Conseylleros, empero juren en la entrada de su oficio conseyllar bien, é lealmente á Nos, & á los nuestros, & usar de su oficio, é que no pungan ningun servicio, ni donno. Los cuales censeylleros sian camiaados todos o partida dellos, quando a la Cort visto será, o aquella part de la Cort, con la cual concordarán los Procuradores ó Jurados de Zaragoza. Item damos, queremos, & otorgamos á Vos, que Nos, ni los nuestros sucesores, ni otri por nuestro mandamiento, non detengamos presos, embargados, ni emparados, sobre fianza de dreyto, heredamiento, ni qualquiera otros bienes de Vos, sobre ditos Nobles, Ricos-Homes, Mesnaderos, Caballeros, Infanzones, Ciudadanos de la dita Ciudad de Zaragoza, ni en cara de ningun otri Rico-Home, ó Ricos-Homes, Mesnaderos, Cabaylleros, Infanzones del dito Regno de Aragon, del Regno de Valencia, & de Rivagorza, sínes de sentencia dada por el Justicia de Aragon dentro de la Ciudad de Zaragoza, con conseyllo expreso, é otorgamiento de la Cort de Aragon, clamada, é ajustada en la dita Ciudad de Zaragoza. Ni en cara de algun otri, ó otris, Ciudadano, ó Ciudadanos, Homes de Villas, ó de Villeros de la Jura de la Unidat de Zaragoza, sínes de sentencia dada por las Justicias de aquellas Ciudades, Villas, Villeros, ó Lugares, por qui debrán ser jutgados: Et si alguno por Nos viniese contra las cosas susoditas, & Nos requeridos non lo ficiesemos seguir, & observar, como suso hi es ordenado, que siamos en la pena del iusso eserita. Et á observar, tener, cumplir, é seguir el dito Privilegio, & todos los sobreditos Capitales, ó Articulos, e cada uno dellos, & todas las cosas, & cada una en ellos, & en cada una de ellos contenidas, & non contravenir por Nos, ó por otri, en todo, ó en partida, agora, ni en algun tiempo obligamos, & metémos en tenencia, & en rehenes á Vos, & a los vuestros sucesores aquestos Castiellos que se siguen; es a saber: El Castiello de Moncluso. Item, el Castiello de Boleya. Item, el Castiello dito de Un-castiello. Item, el Castiello de Sos. Item, el Castiello de Berdeyo. Item, el Castiello de Somet. Item, el Castiello de Borja. Item, el Castiello de Rueda. Item, el Castiello de Daroca. Item, el Castiello de Huesa. Item, el Castiello de Morrieylla, Item, el Castiello de Uxon. Item, el Castillo de Exativa, Item, el Castiello de Biar. Ius tal condicion, que si Nos, ó los nuestros sucesores, farémos, ó veniremos en

todo, ó en partida contra el dito Privilegio, ó contra los Capítulos, ó Artículos sobreditos, & las cosas en ellos ó en alguno de ellos contenidas, que de aquella hora adelant, Nos, é los nuestros sucesores ayamos perdido para todos tiempos, todos los ditos Castiellos ensemble, ó cada uno por si. De los cuales Castiellos Vos, & los vuestros podades facer, é fagades á todas proprias voluntades, assí como de vuestra cosa propia, é dar, é librar aquellos, si queredes, á otro Rey, ó Seynnor, sines de ningun blasma de fee, de homenaje, de jura, de fialdat, de naturaleza. De las cuales cosas, assí a la hora, como agora, á Vos, é á los vuestros, & a los Alcaydes, que los ditos Castiellos, por Nos, é por Vos, en la forma sobre dita ternán definidament, & quita por Nos, é los nuestros soltamos: assí que nunca en algun tiempo, Nos, ni los nuestros, demanda, ni question alguna, á Vos, malos vuestros, ni a los ditos Alcaydes, ni asus sucesores, ende fagamos, ni facer ende podamos, & á mayor seguridat vuestra, é de los vuestros juramos por Dios é la Cruz, & los santos Evangelios delante Nos puestos, é corporalmente tocados, observar, tener, cumplir, é seguir el dito Privilegio, & todos los sobreditos Capítulos, & Artículos, & cada uno dellos contenidos en todo, y por todo, segun que de susodito es escrito, & non contravenir por Nos ni por otri, en ninguna manera. Actum est Cesarauguste, V, Kal. Januarii, an. Dom. MCC.LXXXVII.

¿Qué quiere decir, qué significa este segundo privilegio, que la demagogia aragonesa arranca nuevamente, el día 28 de Diciembre de 1287, al débil monarca? ¡Día de Inocentes habia de ser en el que el bueno de D. Alonso III, apellidado quizá irrisoriamente el *Liberal*, firmase por segunda vez su propia deshonra! Valia más abdicar que pasar por tal ignominia.

Lo primero que choca es que se den en un mismo día dos documentos con igual objeto: *V Kal. Januarii. an. Dom. MCCLXXXVII.* ¿A qué conduce hacer dos documentos para un fin en un mismo día? *Frustra fiunt per plura que fieri possunt per pauciora.* ¿No era más regular haber añadido en el primero lo que dice el segundo? Esto era lo regular; pero ¿quién pide lógica ni regularidad á la anarquía? ¿Ó fué que la fiera,

despues de haber logrado rebajar y envilecer al monarca por la mañana, quiso todavía deshonrarle más por la tarde, haciéndole pasar por un segundo oprobio? El segundo privilegio de la Union es tan tiránico con máscara de libertad, y tan depresivo de la autoridad real, en pro de la aristocracia y de la oligarquía demagógica de Zaragoza, como el primero.

Echemos sobre él una rápida ojeada, comparándolo.

Los personajes que intervienen son los mismos: el Rey ofrece celebrar Cortes todos los años; pero en Zaragoza, como habian pretendido ya tiránicamente los del *Privilegium generale Aragonum*, quitando al Rey el derecho de convocar donde quisiera y conviniera, y despojando á las demás ciudades de Aragon de ese honorífico é igualitario derecho. Pero la cuestion era tener al Rey en Zaragoza bajo la presion, de la partida de la porra, pues no faltarian allí entonces baturros ávezados á manejar el puñal y el garrote, como los asesinos de San Pedro de Arbués, como los lacayos y asesinos que acaudillaba en 1592 Martin La Nuza, y como los *Greñas* y *Chorizos*, cuyas proezas progresistas recuerdan todavía con asombro los que alcanzaron el degüello de los frailes, y los asesinatos jurídicos del año 1835 en aquella ciudad.

¡Y á eso se llama libertades de Aragon! Serian en todo caso *libertades* de los revolvedores de Zaragoza, pues no haremos á la gran mayoría honrada de aquel pueblo el agravio de confundirla con la canalla revolvedora de todos tiempos.

Los consejeros nombrados por la dicha Cort general ó Cortes, *ó part de ella*, habian de pasar por las horcas caudinas de que los aprobase el Concejo de Zaragoza, como si las Cortes no fueran más que aquel Concejo, y como si cada concejo de Aragon no valiera tanto como el de Zaragoza, que se arrogaba el derecho de resolver en caso de desacuerdo; el cual que ya procurarian promover los revolvedores. De este modo se lograba tener los consejeros del Rey partidarios suyos, haciendo que prevaleciesen los nombrados por aquella parte de las Cortes, con la que concordasen los Procuradores ó jurados de Zaragoza, ó lo que es lo mismo, la oligarquía revolvedora.

Aquí se ve tambien el privilegio á favor de Zaragoza, sin que ganara nada en ella la libertad del resto de Aragon.

Por el tercer capítulo, no contentos los revolvedores con ha-

ber casi inutilizado la autoridad del Rey sobre la nobleza, y asegurado la impunidad de sus delitos con el primer privilegio, recabaron en este segundo, que tampoco se les pudieran embargar los bienes, como por el otro habian obtenido que no se les pudiera prender; pero de paso tuvieron cuidado los nobles revolvedores de otorgar lo mismo á los ciudadanos de Zaragoza, y que solo pudiese hacerse el embargo de bienes por sentencia del Justicia de Aragon, y aun esa sentencia habia de ser revisada por la Cort, la cual Cort habia de estar de asiento en Zaragoza. De modo que si el Rey mandaba embargar bienes á un vecino de Zaragoza por delitos enormes, no lo podia mandar si no lo autorizaba el Justicia, y además lo habia de aprobar la Corte ó Audiencia, pero esta con residencia fija en Zaragoza.

A los demás aragoneses, parias de la aristocracia revolvedora y de la oligarquía zaragozana, se les concedia, como quien hace favor, que se les embargara, prévia sentencia de los Justicias de aquellos ciudadanos ó villeros, pero siempre que fueran de la Union, ó como dice allí de la *Jura de la Unidat de Zaragoza*. Quedaba, pues, el Justicia de Aragon para *uso particular* de la aristocracia y de la oligarquía de Zaragoza.

¿Dónde está, pues, la libertad, dónde la igualdad, dónde el pro comun en tan grosero é irritante privilegio? ¿Qué hay aquí para el pueblo? Favor á los nobles revoltosos, depresion de la autoridad real, impunidad para ellos y para los ricos de Zaragoza, á quienes halagan para tenerlos propicios, convirtiendo la ciudad en un foco de anarquía, baluarte de rebelion y ratonera del Rey. Privilegios y exclusivismo para Zaragoza, con mengua de las demás ciudades de Aragon. La Cort ó Audiencia del Rey, nombrada á gusto del Concejo de Zaragoza y sus Jurados, sin contar para nada con el resto de Aragon, el tribunal que debia ser dealzada para todos los aragoneses, convertido en juzgado de primera instancia para los zaragozanos, invirtiendo el orden judicial.

Aquí está ya la clave del absurdo de hacer al Rey firmar dos privilegios anárquicos en un dia y con igual objeto. Preso ó casi preso el Rey en Zaragoza, los nobles le arrancaron por la mañana el primer privilegio á favor de la aristocracia. A los revolvedores de la oligarquía zaragozana se les hizo poco aquel privilegio, y no queriendo pasar por esa mera concesion, exigieron del

pobre D. Alonso otra segunda, á favor suyo, y le hicieron firmar otro acto de tiranía revolucionaria con nombre y máscara de libertad, sujetándole á otra segunda *inocentada*, pues al fin era dia de Inocentes, y debia prevalecer ya entonces la máxima de que *¡las bromas, ó pesadas ó no darlas!*

Resta examinar la hipoteca que se tomaban los revolucionarios para acabar con el Rey y con su dignidad, y con los pueblos pacíficos de Aragon, que no conspiraban contra el Rey, sino que buscaban en este el apoyo contra la tiranía aristocrática y la oligarquía prepotente de Zaragoza, Huesca, Teruel y otros cuantos pueblos, en que predominaban los revolvedores, Hamando libertad á su tiranía.

Los castillos de Aragon, que los revolvedores usurpaban al Rey, para pasarlos á su dominio particular y tiránico, eran los mejores de frontera, y se arrogaban el derecho traidor é infame de poderlos entregar á otro Rey y Señor: *E dar e librar aquellos si queredes á otro Rey ó Seynor*. Es decir, cometer la felonía, perjudicialísima para Aragon, de dar al Rey de Navarra á Sos y Uncastillo, que codiciaban los navarros; de dar al Rey de Castilla, ó al Duque de Medinaceli, los castillos de Verdejo y de Somet, que tambien los codiciaban, y así de los demás. Y ¿era libertad de Aragon el perder sus fronteras, á tanta costa ganadas y defendidas, y dejarlas al arbitrio de los revolvedores de oficio?

Como parece que la autoridad del Obispo de Zaragoza, á quien se cita el primero, cubre el acto con su autoridad, y viene á representar al Clero, conviene saber quién era el D. Fortuyno ó Fortuño, que se titula Obispo de Zaragoza, y que parece dar á ese acto de tiranía una sancion religiosa. Pues no era tal Obispo, sino un Clérigo de mala ralea, intruso, simoníaco, y por añadidura, falsificador de Bulas y excomulgado. La Iglesia de Zaragoza, por fortuna y honra suya, no le cuenta entre sus Prelados.

A la muerte del Obispo D. Pedro Garcés se dividió en bandos el Cabildo: unos nombraron Obispo á D. Hugo de Mataplana; los más discolos al Arceadiano de Daroca, D. Fortuño de Vérgua, emparentado con gran parte de la aristocracia de Aragon: varios de sus parientes figuraban entre los más revolvedores. Abocado el asunto á Roma, donde el Papa estaba disgustado con el Rey

de Aragon, y le tenia excomulgado, y aun desposeido de la Corona, alargóse tanto el pleito, que murieron dos Papas sin resolverlo. Don Fortuño falsificó unas Bulas Pontificias, con las cuales logró le consagrarse el Obispo de Aux. Habiendo llegado á noticia del Papa tal osadía é intrusion, le excomulgó, comisionando al Obispo de Tortosa para recoger las Bulas. Negóse á entregarlas el intruso Vérgua; pero, avergonzado al ver descubierta su superchería, huyó de Zaragoza, y no se ha sabido su paradero. Tal era el primer firmante de los de la Union: *Et crimine ab uno disce omnes*. Si ese era el pastor, ¿qué tales serian las ovejas?

¡Y á este acto de traicion y felonía, tan perjudicial á todo Aragon, que ponía las llaves de los castillos fronteros de Navarra, Castilla y Murcia en manos de una docena de traidores, rebeldes, y codiciosos, para entregarlos, si querian, á los Reyes de Castilla y de Navarra, se llamaba *libertades de Aragon!* ¡Y los de Teruel, que habian dicho á D. Jaime el Conquistador, que, si habia de dar el castillo de Morella al Conde de Alagon, ú á otro magnate, *valia más que lo tuvieran moros*, ponian en manos de señores codiciosos y avezados á tiranías el mismo castillo de Morella, con los de Játiva y Biar, y además el castillo libre de Daroca, á fin de que la aristocracia pusiera el pié sobre el cuello á las comunidades *libres y democrático-realistas* de Calatayud y Daroca, sus hermanas! ¡Y el Concejo de Zaragoza, avezado á tiranías con su privilegio del *tortum per tortum*, el que blasonaba de poder arrasar á los pueblos pequeños que en lo más mínimo se opusieran á los desmanes de sus ganaderos, el que hizo un oasis al rededor de Zaragoza, pero rodeando á este oasis de un desierto en cuatro leguas á la redonda, á trueque de imponerse á los demás pueblos de Aragon y satisfacer el orgullo de la oligarquía de sus jurados, y de la baturrería, que ejercia *el ministerio de la porra* por cuenta de esta, ahora se aliaba con los tiranos feudales, y les apoyaba en son de libertad, para que se apoderasen de los castillos mejores de Aragon!

VICENTE DE LA FUENTE.

(Se concluirá.)

Á CALDERON

EN EL SEGUNDO CENTENARIO DE SU MUERTE (*).

La vida es sueño; pero fué divino
 Tu soñar, que produjo un reino hermoso
 De pompa, de esplendores y de gracias.
 Los refulgentes cielos de la tarde
 Cuando el sol en el mar sus rayos vibra,
 Son ante tanta luz pálida sombra:
 Y ni en las ricas tropicales selvas,
 Ni en los bellos jardines de los Reyes
 Hay flores tan gallardas y fragantes;
 Y los dulces rumores que formaba
 El bosque encantador de tu poesía,
 De ningun harpa duermen en las cuerdas,
 Ni se oyen en la voz de ningun ave,
 Ni en la palabra están de ningun hombre.

Brillante como el sol, como la niebla
 Ligeroy vagaroso, en ese reino
 De tus sueños fecundos, cruzó errante
 Tropel de mil figuras seductoras

(*) El autor de esta poesía es Mr. Svatopluch Cech, el cual ha obtenido en Bohemia el premio ofrecido por nuestra Real Academia Española al poeta que mejor cantase las glorias de Calderon. La version castellana que publicamos, se debe al ingenio de nuestro ilustre amigo de Praga, Napoleón M. Kheil, con quien anudamos ya vá para dos años un lazo de firme y buena amistad, acrecentada de dia en dia merced á la semejanza de nuestras aficiones literarias y al acuerdo de muchas de nuestras ideas. Aunque los progresos de Mr. Napoleon Kheil, en punto á vencer las dificultades de nuestra lengua, nos llenan á menudo de asombro, la traduccion que de la poesía nos envió, necesitaba una mano maestra que la limpiase de algunas naturales imperfecciones. Se encargó de esta tarea, que desempeñó á maravilla, el inspiradísimo vate, autor de *Hermenegildo y Theudis*, y muy querido amigo nuestro, D. Francisco Sanchez de Castro.

Con noble gracia y ademan altivo.
 ¡Qué hermosura, qué hechizo en el moverse
 De sus cuerpos gentiles; de sus ojos
 En el vivo fulgor, en el latido
 Del palpitante seno; y en las lágrimas
 Del dolor ó del gozo en sus mejillas!
 ¡Y qué hermoso el ardor de los afectos!
 ¡Y qué grandioso el espantable abismo
 De sombras y de crímenes que fiero
 Tu espíritu cruzó relampagueando!

La realidad que viva contemplabas,
 Fué sierva, no rival, de tu poesía,
 Y á tus inspiraciones dió camino.
 No ahuyentó los ensueños de tu mente
 Con los tristes cuidados de la vida
 Ni del dolor con el amargo ceño;
 Mas en el blando arrullo de sus brazos,
 Sin igualar los sueños de tu alma,
 Imágenes de gloria te ofrecía.
 Un cielo de zafir esplendoroso
 Extendió sobre ti; rios de flores
 Derramaba á tu paso, y te mostraba
 Las bellas hijas de tu patria bella
 Y sus valientes hijos, irradiando
 Pompa y grandeza el trono de sus Reyes;
 Ciñó tu lira de inmortales rosas,
 Príncipe te aclamó de los poetas;
 Y por un pueblo ilustre y poderoso
 Amado y bendecido, terminaron
 De tu sueño los sueños, á la sombra
 De palmas y laureles, cuando dulce
 La mano de la fe cerró los ojos
 A su tierno cantor y fiel amigo.

En aquel tiempo—¡oh triste! ¡oh doloroso
 Recuerdo inevitable!—cuando ufana
 Tu patria te aplaudió, la patria mia,

Suspiraba en quebranto y vilipendio,
 Y el cáliz apuró de la amargura.
 El espíritu mismo que inflamaba
 En tu alma pia el entusiasmo santo,
 Cayó como ministro de ruina
 Sobre este pobre y devastado pueblo (*).
 Mas de esos dias las memorias tristes
 No nos impiden ver tu dulce imágen
 Cercada de fulgór: llevóse el tiempo
 El imperio y potencias enemigas.
 Se escondió á nuestra vista tu existencia
 Como concha en el mar; pero á la clara
 Faz de los cielos, pura resplandece
 La perla sin igual de tu poesía.
 Al morir, á tu patria rica herencia
 Con tu sueño inmortal quedó y al mundo,
 Que se embelesa en el fragante aroma
 Y espléndidos matices de sus flores,
 Y palpitante el corazon, escucha
 Arrobadado sus mágicos acentos.
 Y en tanto sienta el corazon humano
 La celeste atraccion de la belleza,
 Serán la admiracion y la alegría
 De cuanto el sol alumbra, las brillantes
 Figuras de tu reino seductoras:
 Segismundo, Fernando, y el famoso
 Alcalde y juez severo de su aldea,
 Y la tempestuosa «Hija del aire»
 Y mil otras grandezas y hermosuras.

El suelo de mi patria no produce
 El altivo laurel, ni las lozanas

(*) Alude el autor á la guerra entre imperiales y bohemios, cuando éstos quisieron separarse del Imperio, al cual estaban unidos desde que Carlos V se retiró á Yuste, y subió al trono imperial su hermano D. Fernando, Rey de Bohemia. En 1619 no quisieron reconocer al Emperador Fernando II, y eligieron Rey al Elector palatino Federico, originándose la guerra en que fueron vencidos.

Flores que crecen en tu patria bella.
Acepta la guirnalda que te ofrezco,
Dándome el tilo sus modestas hojas,
Que la lluvia regó de un cielo frío.
Con ella un pueblo que lejano habita,
Su admiración te muestra, y su respeto
Muestra también, aunque por pobre modo,
A la noble nación y venturosa
Que te dió el sér, y que de ti fué digna.

SVATOPLUCH CECH.

(Version castellana de Napoleon M. Kheil.)

SONETOS.

I.

Á CALDERON,

POETA DE LOS AUTOS SACRAMENTALES.

Cristo á tu pecho en el altar descende
 De amor prendiendo la infinita llama,
 Que en tus divinos cantos se derrama,
 Y cielo y tierra de placer suspende.

De allí radiante su beldad trasciende
 A cuanto sér tu pensamiento inflama,
 Desde el insecto que las flores ama
 Hasta el lucero que remoto splende:

Y expresando la cósmica armonía
 Que en tu sublime espíritu condensas,
Cristo es Dios, Cristo el pan férvido entonas:

Repítenlo crecientes á porfia
 En círculos sin fin voces inmensas,
 Y se vuelven estrellas tus coronas.

II.

Á LA CATEDRAL DE OVIEDO.

Quando, plañendo por el sol que espira,
Tu torre colosal entrega al viento
Grandiseno clamor que, ondeando lento,
Hasta el confín del horizonte gira,
Y en tus calladas naves—do respira
De otros siglos el alto pensamiento,—
La tierra olvido, y penetrar me siento
Del Infinito, á quien el alma aspira,
La quietud, las tinieblas, el misterio,
De los Santos inmóviles la mirada,
La antorcha del Sagrario veladora.....
Todo me dice allí con vago imperio,
Plácido al corazón, que se anonada:
Aquí habita el Señor; ¡póstrate y ora!

GUMERSINDO LAVERDE RUIZ.

LETRAS Y LITERATOS ITALIANOS.

Venecia-Milan 13 de Mayo de 1877 (1).

SR. D. JOSÉ MARÍA DE PEREDA.

Mi carísimo amigo. Tomo la pluma, aunque tarde, para continuar la série de mis epístolas. De la tardanza no ha sido mia toda la culpa, sino de ciertos embrollos semi-filosóficos que me han distraído dias pasados. Hablemos un poco de bella literatura para purificar la atmósfera.

A alguno ha de extrañarle que esta carta engendrada en Venecia, pero cuyo parto terminará en Milan, no hable de Milan ni de Venecia, ni de todas las cosas que son de ene y de rigor en tales casos. Pero como yo no busco los asuntos, ni creo que en este género de escritos debe buscárseles, sino tomar los que buenamente vienen, he de discurrir hoy, siquiera con brevedad, del estado de las letras italianas en lo que va de siglo. Serán consideraciones ligeras y á vuela pluma, porque no consienten otra cosa el carácter ni los límites de esta familiar epístola.

Busquemos, ante todo, un punto de donde fácilmente descienda el hilo del pensamiento. Sería absurdo comenzar la historia literaria de este siglo, cuando el siglo cronológicamente empieza. Fijémonos, pues, en los últimos años del pasado.

Sin ser lamentable ni mucho menos, no era del todo gloriosa la situacion de las letras itálicas en aquella fecha. Asemejábase no poco á la de España por los mismos dias. Aquí como allí el influjo francés, contrariado siempre por las tradiciones naciona-

(1) Esta carta se escribió en la fecha que al principio de ella se expresa, y fué destinada á un periódico de Santander. El ser casi completamente desconocida, nos mueve á reproducirla con beneplácito de su autor.

les, pero favorecido de sobra por el espíritu de la época, habia alterado más ó ménos radicalmente la lengua, y en partes la literatura. Las consecuencias fueron diferentes, sin embargo. Italia habia carecido siempre de verdadero teatro, es decir, de teatro nacional, pues significan harto poco bajo tal aspecto las comedias clásicas del siglo XVI, aunque entren en cuenta la *Mandrágola* de Maquiavelo, la *Calandria* del Cardenal Bibiena, la *Cortesana* del Aretino, la *Cassaria*, el *Nigromante* y la *Lena* del Ariosto, y el *Candellero* de Giordano Bruno.

Ni era italiano el espíritu de tales obras, ni eran ellas tan poderosas y de tanto precio, que bastasen á dar vida, color é individualidad á ningun teatro. Mucho menos valen y menor influjo tuvieron las tragedias clásicas acompasadas y frigidísimas, cuyo primer modelo fué la *Sofonisba* del Trissino. Aún estos pobres gérmenes dramáticos no fructificaron en el siglo XVII, y por tanto Italia tenia muy poco que perder con la introduccion del gusto francés en el XVIII. Al contrario, puede afirmarse que ganó, y que de entonces datan sus glorias dramáticas. Apóstolo Zeno, y sobre todo Metastasio, lograron en el género falso é híbrido de la *ópera*, si no el lauro de eximios poetas trágicos ó cómicos, á lo menos el de líricos, y alguna vez el de intérpretes fieles de pasiones no muy hondas ni muy vivas. Aquellas árias metastasianas, que sonaban como gorgo de pájaros, sedujeron y encantaron á nuestros abuelos, y no hubo rincón de Europa donde no fuesen repetidas con universal aplauso. Al lado de aquel arte muelle y enervador, propio de la centuria XVIII.^a, surgió valiente la tragedia clásica de alto coturno, inaugurada con la *Mélope* del Maffei, que Voltaire plagió á mansalva, reservándose luego el derecho de hacerla trizas en una censura, cuya injusticia demostró ámpliamente Lessing en el mejor capítulo de la *Dramaturgia*. A la *Mélope* siguió una nube de tragedias de escuela, que la posteridad ha olvidado con sobra de justicia. Al cabo apareció Alfieri con el decidido intento de renovar la escena italiana y dar á su pátria un verdadero teatro trágico. Alfieri era ingenio soberano y de récio temple, y si no logró del todo lo que se proponia, culpa fué de los malos tiempos, de la falta de tradiciones dramáticas en Italia, y, en parte, de las condiciones de su talento, poco flexible, agreste y bravío. El juzgarle no es de este lu-

gar ni puede hacerse en pocas líneas. Baste decir que á pesar de los defectos de sequedad, aspereza y monotonía harto sensibles, ha dejado modelos admirables y superiores, en mi entender, á los de la tragedia francesa.

En la comedia no presenta Italia nombre más ilustre que el de Goldoni, en quien la fuerza de observacion y el tacto escénico abundaron, aunque pecase de descolorido y monótono en caracteres y situaciones.

Venecia, que parece tener vinculado el génio cómico, escaso en otras ciudades de Italia, produjo, casi al mismo tiempo que al anterior, un ingenio original y caprichoso, que cultivó, no sin éxito, cierto género fantástico algo semejante á la farsa aristofanesca, aunque carezca por completo de su intencion, profundidad, alcance y exquisita pureza de formas. Me refiero á Carlos Gozzi, autor poco estimado por los suyos, pero á quien han puesto en las nubes algunos críticos alemanes. Dejó, lo mismo que Goldoni, agradables *Memorias* de su vida, muy útiles para conocer el estado de la sociedad veneciana en los últimos tiempos de la famosa república.

Fué muy cultivada, y con diversas direcciones, la poesía lírica en la Italia del siglo XVIII. Abundaron, es verdad, los insípidos y retumbantes versificadores semejantes al abate Frugoni, que llegó á formar escuela, de su nombre llamada *frugoniana*: obtuvieron grande aplauso los eróticos semejantes á Metastasio y á Paulo Rolli, en quienes apenas es de elogiar otra cosa que la azucarada melodía de la dición; y llegaron [á desusada fama ciertos horacianos de escuela, sin vigor ni originalidad propia, cuyo tipo fué Fantoni. Pero entonces, como siempre, dió Italia verdaderos y eximios poetas. Uno de los mejores, y de los menos conocidos fuera de Italia, fué el bolonés Savioli, cantor enteramente clásico de amores sobrado paganos. Composiciones tiene que ni Ovidio ni Propercio hubieran desdeñado por suyas.

Alfieri dejó algunos sonetos de gran precio; pero el resto de sus líricas no está á la misma altura.

En la epopeya burlesca (única que consentia el prosaismo de la época), y en los géneros afines, mostró verdadera gracia, manchada con frecuentes y escandalosas impurezas de estilo y de lengua, y con otras harto más graves, el famoso Casti, cuyo poe-

ma de *Gli Animali Parlanti* (no quiero hablar de otras obras suyas), ha dado la vuelta á Europa, aunque los italianos jamás le han admitido en el cánón de sus obras clásicas. Es para broma demasiado largo, y no conserva en todas partes la sal ni el nervio de algunos trozos, justamente tenidos por modelos de sátira política.

Irreverencia parece casi colocar á seguida del nombre de este ingenio incorrecto, desigual y licencioso, el gran nombre de Parini, poeta milanés, que fué clásico de veras y autor de una prodigiosa y fecunda revolucion en las letras de su pátria. Dejó Parini algunas odas de maravillosa perfeccion de estilo, pero su campo de gloria fué la alta *sátira*, la que en ciertas épocas aparece para realizar un fin moral y civilizador, la que por entonces cultivaba Jove-Llanos en España. Atacó Parini en su poema *El Dia* (dividido en cuatro partes *mañana*, *mediodía*, etc., que forman cada una un canto), la vanidad, ignorancia y ligeras costumbres de la *buena sociedad* milanesa de aquellos tiempos, ataque sostenido por una constante y poderosa ironía, y desarrollado en áurea cadena de versos sueltos, los más hermosos que hasta entonces habian sonado en oídos neo-latinos. Parini no era muy espontáneo: cada verso suyo muestra haber sido limado y caldeado cien veces; pero tal es precisamente la condicion esencial del instrumento rítmico que él empleaba. Profesó el poeta lombardo de quien escribo, verdadero culto al arte, y así por esto, como por no haberse manchado jamás con los vicios morales y literarios comunes en su siglo, vino á ser como el patriarca y corifeo de una nueva y generosa escuela que se continúa en casi todo el siglo presente, y que (¡cosa rara!) inaugurándose con un poeta clásico y semi-latino, acaba por abrirse á la invasion romántica más que ninguna otra escuela italiana.

La prosa didáctica floreció bastante en la última centuria, pero fué una prosa de carácter francés, limpia, brillante y precisa, no majestuosa, ni grandilocuente, ni rica como la del siglo XVI. Distinguiéronse como escritores de derecho penal y economía política, más por las doctrinas que por la exposicion afeada (sobre todo en el último), con graves defectos de hinchazon y falso sentimentalismo, Beccaria, Pedro Verri y Filangieri. El historiador que hizo más ruido fué Giannone, por las persecuciones

que le atrajeron sus continuas inyectivas al Papado y aun á la Iglesia católica; pero aunque tenia condiciones no vulgares así narrativas como críticas, ha ido perdiendo en estimacion, y hoy su *Historia civil del reino de Nápoles* es poco leida. Las verdaderas glorias históricas de Italia en ese siglo, pero en su primera mitad, fueron los dos grandes investigadores Maffei y Muratori. Concienzuda es tambien la *Historia literaria* que más tarde escribió Tiraboschi, erudito juicioso y metódico, pero de crítica pobre, y en algunos puntos equivocada.

La filosofía italiana, que pareció llegar á su apogeo en las obras de Vico, habia ido descendiendo lastimosamente hasta el *sensualismo condillaquista*, entre cuyos expositores se distinguió Genovesi. Quedaban todavía algunos cartesianos, y uno muy notable, el Cardenal Gerdil, lidió bizarramente contra el *enciclopedismo*, que infestaba á Europa en aquellas calendas.

Del desarrollo de las ciencias exactas y naturales no he de tratar aquí. De otros géneros puramente literarios como la novela, etc., no hubo entonces cultivadores que merezcan particular encomio. La literatura periodística fué dignamente representada por Gozzi (Gaspar), en el *Observador*, cuyos artículos morales y de costumbres superan á los de Addisson en el famoso *Spectator* inglés.

Tal era, *plus minusve* y á grandes rasgos, el cuadro de la cultura italiana, cuando al espirar el siglo XVIII y comenzar el presente, surgieron en pos de Alfieri y de Parini, dos ingenios de tal temple, que ellos solos bastarian para honrar una nacion y una literatura. Fueron estos (amigos al principio y despues rivales), Vicente Monti y Hugo Fóscolo. Era Monti clásico al modo latino y no al griego, es decir, con un clasicismo imperfecto y de segunda mano: poseia una admirable facultad de *asimilacion*, concedida solo á ilustres poetas, y por tal concepto supo trasladar á sus cantos las grandezas ajenas sin que pareciesen extrañas ni pegadizas, y era ante todo y sobre todo, un versificador admirable, cualidad no tan general ni de tan poca estima como algunos piensan. De la idea se cuidaba poco; tomábala donde le venia al paso, sin cuidarse de que fuera propia ó del vecino; es más, sin hacer cuenta de lo que habia escrito antes. Por eso execró primero la revolucion francesa y la divinizó luego, y más adelante

ensalzó á Napoleon en muy buenos versos, pero de la manera más empalagosa que puede imaginarse. Por eso se llamó primero *el abate Monti*, y luego *el ciudadano Monti*, y á la postre *el caballero Monti*. Pero de todos estos personajes se ha olvidado la posteridad, y solo conoce al ilustre *poeta Monti*, al de la *Belleza del Universo*, al de la *oda al globo aerostático*, al traductor de Homero, al trágico del *Aristodemo* y del *Cayo Graco*, al imitador de Dante en los tercetos nunca igualados de la *Basvilianna* y de la *Mascheroniana*, al autor del *Prometeo*, de la *Feroniada*, de la *Musoginia*, de la epístola sobre la *Mitología*, y de tantas otras cosas buenas y bellas. Entre todas descuella la version de la *Iliada*, hecha (¡imposible parece!) por un hombre que sabia poquísimo griego, y que trabajaba sobre una interpretacion literal latina. Sin embargo, no desfigura el texto y pocas veces yerra, porque lo que no sabia lo adivinaba. Por algo llamó la antigüedad *vates* á sus poetas.

¿Y qué diré de Hugo Fóscolo, ingenio *griego*, que no la época ateniense, pero sí la alejandrina, hubiera reclamado por suyo? ¿Quién no sabe de memoria su *Canto de los sepulcros*, una de las cuatro ó cinco joyas de la poesía moderna? En ese canto, pagano de pura ley en la ejecucion como en las ideas, corre no sé qué viento de inspiracion nueva que le ha hecho aceptar aun de los menos adictos á la teoría literaria que le dictara. Porque allí hay manjar para todos, recuerdos de Troya y recuerdos de Florencia, artísticamente agrupados para producir el mayor efecto, apuntados á veces en una sola frase, en un solo verso; pero de esos que nacen armados de la cabeza del poeta, como Pálas de la de Júpiter. Y la personalidad del poeta no se borra ni se anula entre tan altos recuerdos, sino que respira y palpita en cada parte del canto, que tiene por eso un carácter del todo subjetivo, á despecho de la copiosa erudicion y de las imitaciones frecuentes que se amoldan como por encanto al tono general de la obra.

Iguales ó mayores méritos quizá, pero no condensados en tan poco espacio, reúne el otro poema de Fóscolo, *las Gracias*, á pesar de sus dimensiones excesivas y de lo confuso y embrollado de ciertos pasajes, defecto tolerable en una obra póstuma. De sus poesías sueltas y de sus traducciones del griego, solo diré que es de lamentar sean tan pocas. La version de los primeros cantos

de la *Iliada* supera en fidelidad, aunque cede en elegancia, á la de Monti. Fóscolo, nacido de madre griega en la isla de Zante, fué por estudio eminente helenista, y bien lo mostró en la *Historia del digamma eólico* y en el comentario á la *Trenza de Berenice*, de Calimaco.

Compuso además Fóscolo varias tragedias al modo de Alfieri, el *Tiestes*, el *Ayáx*, la *Ricarda*, obras todas, no de gran valor dramático, pero elocuentes y animadas. Tradujo con suma pureza y gracia el *Viaje sentimental* de Sterne, hizo en el *Jacopo Ortis* una imitacion notable del *Werter* (por lo demás, pésimo modelo de un género sentimental execrable), y escribió numerosos y muy estimados ensayos sobre Dante, Petrarca, Boccacio y otros clásicos italianos. Su critica es siempre alta, como de hombre que entiende y sabe producir la belleza.

En uno de sus últimos estudios calificó Fóscolo, con desusado rigor, á la nueva escuela literaria representada especialmente por Manzoni. Comenzó este grande y simpático escritor su carrera con dos poemitas en verso suelto, y al modo clásico, de los cuales se arrepintió luego, y en verdad que no tuvo razon para ello, á lo menos en lo que hace á la *Uránia*, composicion digna de Monti. Pero no le llamaba Dios por ese camino, en el cual solo hubiera sido el segundo, cuando estaba destinado á abrir nueva senda y llevar el arte por nuevas derrotas. Y de hecho con los *Himnos sacros* se puso á la cabeza de los liricos cristianos de nuestro siglo, mostrando en insuperables ejemplares, donde la sobriedad compite con la uncion piadosa y con la grandeza, de qué suerte pueden tratarse sin vanos adornos ni falsas retóricas, en pleno siglo de incredulidad, los altos misterios de nuestra Religion santísima. El himno de *Pentecostés* y el de la *Pasion* superan en mucho á las dos composiciones de asunto no sagrado que en la coleccion *manzoniana* encontramos. Sé que no es esta la opinion comun, pero la opinion comun me parece poco fundada. En el famoso *Cinco de Mayo* (por otros títulos admirable) vése patente la afectacion y el estudio, no hay aquella generosa onda de afectos y de poesia que se desborda en los *himnos sacros*. ¿Ni cómo habia de ser natural en la pluma cristiana de Manzoni el elogio de Napoleon, es decir, la apoteosis del derecho de la fuerza? Digamos que al gran poeta lombardo le deslumbró la grandeza del

coloso caído, y no neguemos que en esta oda quedó inferior á sí mismo. Superiores son al *Cinco de Mayo* los coros de *Carmagnola* y de *Adelchi*, superior el hermoso canto á la revolucion milanese de 1821.

Manzoni no tenia gran vocacion para el teatro. Hizo dos tragedias ó *dramas históricos* muy bien escritos, como todo lo que salia de sus manos, pero hechos á compás, aunque con pretensiones innovadoras. Toda la innovacion se reducía á haber arrinconado las *unidades de lugar y tiempo*, y á haber seguido el orden de los acaecimientos tal como los presenta la historia, en vez de saltar *in medias res*. Y tales andaban los tiempos, que el autor mismo parece como arrepentido y pesaroso de tanta audacia, y pide mil perdones en el prólogo. De hecho un pobre académico francés hubo de escandalizarse, y Manzoni escribió una carta admirable para defenderse, carta en que compite la delicadeza del análisis con la timidez de las conclusiones. Baste decir, que ni aun se atreve á aceptar la mezcla de lo trágico y de lo cómico, á pesar de los grandes efectos que de ella habian sacado Shakespeare y nuestros españoles. De las tragedias no diré más sino que vivirán eternamente, no por lo que en sí son, sino por los tres coros que encierran.

Universal aplauso ha valido á Manzoni su novela *I Promessi Sposi*, uno de los *dos* libros italianos más leídos en este siglo. A decir verdad, Manzoni, que era ante todo poeta lirico, no parecia nacido para el género de Walter-Scott. La accion de *I Promessi Sposi* es un poco lánguida, y los personajes principales no interesan grandemente; pero si la obra no es un dechado de novela, como algunos (con error, á mi juicio) pretenden, es á lo menos un libro elocuente y conmovedor, de los que hablan al corazon y al entendimiento. Notaré, sobre todo, cuatro episodios, el de la monja de Monza, modelo de análisis psicológico, el de la conversion del *Innominado*, el del tumulto de Milan y el de la peste. En muy pocos libros de esta centuria pueden encontrarse páginas que se acerquen á las citadas.

Dejó Manzoni otra joya literaria: la defensa de la *Moral católica* contra Sismondi, libro de oro que yo desearia ver en las manos de todo creyente.

En torno de Manzoni se agrupa la escuela milanese, que con

más ó ménos felicidad ha cultivado todos los géneros que tocó el maestro. En la novela histórica siguieron sus huellas Tomás Grossi, autor del *Márcos Visconti*, donde lo mejor, en concepto de muchos, es la linda y popularísima *cancion de la golondrina*; Máximo de Azeglio, muy celebrado por su *Ector Fieramosca* y su *Asedio de Florencia*, obras de colorido brillante, en que predominan los combates y las escenas caballerescas; finalmente, Carcano, César Cantú y algun otro. En la poesía narrativa y en la lírica han descollado, siempre con tendencias *manzonianas*, Grossi, autor de las novelas en verso *Ildegonda*, *La Fugitiva*, etc. Sestini, que le imitó, acaso con ventaja, en la *Pia de Tolomei*; Cantú, que compuso estimables *himnos sacros*, y otros ingenios milaneses que ahora no recuerdo.

La historia debe mucho á esta escuela lombarda; llamada tambien *neo-güelfa*. El más fecundo y conocido de sus cultivadores es César Cantú; pero aún ha descollado más en puntos particulares el beneditino Tosti, autor de excelentes historias de la *Condesa Matilde*, y del Papa *Bonifacio VIII*.

La escuela milanésa se ha distinguido siempre por su acendrado catolicismo. No acontece otro tanto con los escritores del centro de Italia.

Nombraré ante todo á Leopardi, llamado por algunos el *lírico de la desesperacion y de la muerte*, pero á quien yo llamaría con igual razon el lírico de la forma pura y de la armonía clásica, el que más se ha acercado á los antiguos en estas condiciones. Si Fóscolo era un griego de Alejandría, Leopardi es un griego de Atenas y de la era de Pericles. Lo único que tiene de moderno es lo malo, la filosofía lúgubre y desesperada, que en él debe considerarse como verdadera enfermedad, producto de excepcionales condiciones de carácter y de entendimiento. Pero Leopardi adoraba en la belleza, y este culto le salva de todos los escollos que para el arte ofrecen las tristes ideas que en él se proponia encarnar. Y de la misma suerte que Lucrecio, predicando una filosofía materialista, excedió á veces á todos los poetas de la tierra, en fuerza solo de su entusiasmo por la *naturaleza*, única divinidad que le restaba, así Leopardi, adorador ferviente de la Venus Urania ó celestial, que Platon contrapuso á la terrestre, llega á hacer tolerable y hasta poéticamente hermoso aquel vacío

de su alma, huérfana de esperanzas y de consuelos. Además de sus admirables *cantos*, dejó aquel portentoso ingenio gran número de traducciones y comentarios de poetas y prosistas griegos, un curioso *Ensayo sobre los errores populares de los antiguos*, y un poema burlesco intitulado *Paralipómenos de la Batracomiomáquia*. Pero su obra maestra, despues de las poesías líricas, son los *Diálogos* en prosa, que unas veces recuerdan los de Luciano, excediéndolos en amarga y profunda ironía, y otras, como sucede en el *De la gloria*, se aproximan mucho á la nunca igualada perfeccion platónica.

La Toscana ha dado en este siglo dos eminentes poetas. Es el primero Giusti, apellidado el *Beranger de Italia*, aunque supera bastante al *chansonnier* francés con quien le comparan. El género predilecto de Giusti fué la sátira política enderezada contra los antiguos gobiernos de la península itálica y movida siempre por el pensamiento de *unidad*. Ningun poeta italiano ha excedido en popularidad á Giusti, porque su lenguaje, con ser purísimo, no es el de las academias ni el de los libros, sino el del pueblo toscano, vivo y palpitante. Esto mismo hace que sea poco conocido del lado allá de los Alpes, y aumenta la dificultad de traducir sus versos.

Florenia se enorgullece con el recuerdo de Niccolini, trágico superior al mismo Alfieri. Rebosan en sus dramas (*Juan de Prócida*, *Antonio Foscarini*, *Arnaldo de Brescia*, *Filipo Strozzi*, etc.) la virilidad y la energía; abundan el color local y la fuerza característica, pero Niccolini incurrió en el yerro de poner siempre el arte al servicio de una idea política, ya fuese generosa como el ódio á toda dominacion extranjera, ya injusta como la aversion al Papado, que es precisamente lo más grande y lo más *italiano* que posee Italia. Aparte de sus producciones originales, dejó Niccolini buenas traducciones y estudios sobre el teatro griego.

Entre los historiadores toscanos mencionaré especialmente á Atto Vanucci, autor de una muy apreciable *Historia de la Italia antigua*, y al marqués Gino Capponi, universalmente conocido por la suya, tan elegante como juiciosa, *de la República de Florenia*.

Llegamos, por decirlo así, á estos últimos años, en que, extinguidos casi todos los luminares de las letras italianas y los escritores de segundo orden hasta aquí mencionados, han aparecido

nuevos astros con el acostumbrado cortejo de satélites. Haré breve recuento de unos y otros.

La poesía lírica se sostiene bien, aunque no posee ya Fóscolos, Manzonis ni Leopardis. De sus actuales cultivadores debo citar á Prati, gran versificador, en quien es de lamentar que no acompañe la novedad del pensamiento á la tersura de la frase. Con él comparten el aplauso público Aleardo Aleardi, dotado de un enérgico sentimiento de la naturaleza; Giacomo Zanella, erudito veneciano, algo prosáico á veces; y Giosué Carducci, ingenio de gran valia, si no pagase culto á ciertas ideas ni incurriese en extravagancias como las del *himno á Satanás*.

Para el teatro no escribe ningun ingenio de primer orden. Niccolini apenas ha tenido sucesores. Cultivan con éxito la comedia Ferrari y Gherardi del Testa.

La novela agoniza, sobre todo despues que murió el revolucionario Guerrazi, talento poderoso, aunque desigual y muy poco simpático.

El movimiento histórico es prodigioso. En todas partes se registran archivos y bibliotecas, y se publican memorias antiguas y colecciones de documentos. La historia de la península subalpina se va rehaciendo casi por entero. Pero como ahora es tiempo de recoger materiales y no de levantar edificios, no aparecen con tanta frecuencia como en la primera mitad del siglo, trabajos de conjunto como los de Botta, César Balbo, Carlos Troya, Vannuci y Gino Capponi. Abundan más las monografías y los estudios bibliográficos, algunos de ellos notabilísimos, y casi todos concienzudos.

La erudicion invade todos los campos. En el de la filología y de las letras humanas brilla el profesor Domingo Comparetti, cuyo libro *Virgilio en la Edad Media*, es un dechado de monografía, harto superior á muchos pretenciosos trabajos alemanes, en que á la confusion y al fárrago se los llama *rigor de método*. Cultivan con amor y entusiasmo los estudios de lenguas y literaturas romanas Monaci y otros jóvenes ya conocidos por disertaciones y trabajos de valia. Rajna, profesor de Milan, ha publicado recientemente un erudito libro sobre *las fuentes del Orlando Furioso*. Los estudios críticos de Carducci, especialmente el que versa sobre *Angel Policiano*, merecen asimismo grandes encomios.

De intento he reservado para término de esta carta la *filosofía*. Ella solo daría materia para un largo artículo. Aquí me limitaré á brevísimos renglones. Ya he hecho mérito del estado de decadencia en que se hallaba al comenzar este siglo. El primero de los que trabajaron en su Renacimiento fué el napolitano Gallupi, que substituyó el sensualismo de Condillac con un *sensismo mitigado* á la manera de Laromiguière. Pero á esto añadió mucho de las observaciones psicológicas de la escuela escocesa, aparte de las que le sugirió su propio ingenio. Algo tomó tambien del kantismo que llegó á él de segunda mano.

Mucho más pesa en la balanza filosófica Antonio Rosmini, que fué el pensador de la escuela lombarda. Rosmini era gran psicólogo, pero la base de su doctrina es ontológica, y aun puede decirse que platónica. ¡Lástima es que esté expuesta en libros áridos y difusos, sin hilacion ni método! Manzoni la dió gran boga, adoptándola y defendiéndola en su áureo *Diálogo de la invencion*.

Disgregacion de la escuela rosmianiana fué la de Gioberti, ontólogo tambien, puesto que pone por base de su sistema el célebre principio *el Ente crea lo existente*. Combatió con acritud, y en general sin motivo plausible, á los discípulos de Rosmini. Por lo demás Gioberti, ingenio duro y paradójico, abusó en modo lamentable de sus condiciones de polemista, cayendo en un sinnúmero de inconsecuencias y contradicciones, así como en graves errores que provocaron los anatemas de la Iglesia. De sus obras políticas, que tanto ruido hicieron, no me toca hablar en este sitio.

Por distinto sendero que Rosmini y Gioberti procede Terencio Mamiani, escritor elegante y muy erudito. Clamó por *la renovacion de la antigua filosofía italiana*, y en lo demás recomendó el procedimiento psicológico de los escoceses y los principios del *comun sentido*. Despues ha pasado por muchas vicisitudes y transformaciones. Hoy explica filosofía de la historia en la Universidad romana, y parece haberse refugiado en un espiritualismo vago y elástico, semejante al de los franceses.

La filosofía escolástica renació con gloria, aunque guiada por un exclusivismo no del todo aceptable, en las producciones del napolitano Sanseverino, y en las de los PP. Taparelli, Liberatore,

Tongiorgi y otros jesuitas. Sus libros son bastante conocidos y justamente apreciados en España.

Bien necesarios son todos los esfuerzos de la filosofía cristiana, de cualquier color y matiz, para resistir á ese torrente de malas enseñanzas y de libros impíos que en los últimos veinte años se ha desbordado por Italia. En algun tiempo dominaron los hegelianos: ahora están reducidos á la Universidad de Nápoles. Sus caudillos son Vera, Spaventa y Fiorentino. En los demás centros de enseñanza domina el más crudo *positivismo*. No quiero citar autores ni libros.

Contra estas torcidas corrientes luchan de una parte los *neo-escolasticos*, de otra algun *ontologista*, como el ilustre Fornari, algun *espiritualista eclético*, como Mamiani. ¡Que Dios favorezca las empresas de todos contra el comun y más terrible enemigo!

En una sola cosa merecen aplauso sin tasa tirios y troyanos. A ningun italiano, de ninguna secta ni condicion, se le ha ocurrido negar la antigua ciencia de su patria. Todos están conformes en ensalzarla y ponerla junto á las nubes. El hegeliano Spaventa ha publicado un estudio sobre Campanella, el hegeliano Fiorentino otros dos acerca de Pomponazzi y de Telesio, el *espiritualista* Ferri una *Historia de la filosofía en Italia*. Para nadie es asunto de discusion ni de duda el sistema científico de Italia en todas épocas. ¡Solo hay un pueblo en Europa donde sea de buen tono *filosófico* maldecir (sin conocerlo) de cuanto dijeron y pensaron nuestros mayores.

Hora es ya de acabar esta carta. V. estará cansado y yo tambien. No quiero releerla, porque de fijo encontraría omisiones graves, como ya, sin volver atrás, las encuentro. Entre los escritores de las tres primeras décadas omití al famoso y demasiado retórico hablista Pedro Giordani, y lo que siento más, á aquel Silvio Pellico, no grande ingenio, pero sí grande alma, que hizo el libro indestructible de *Mis Prisiones*. Pero basta ya de adiciones, y de carta.

Sabe V. que es suyo apasionado amigo,

M. MENENDEZ PELAYO.